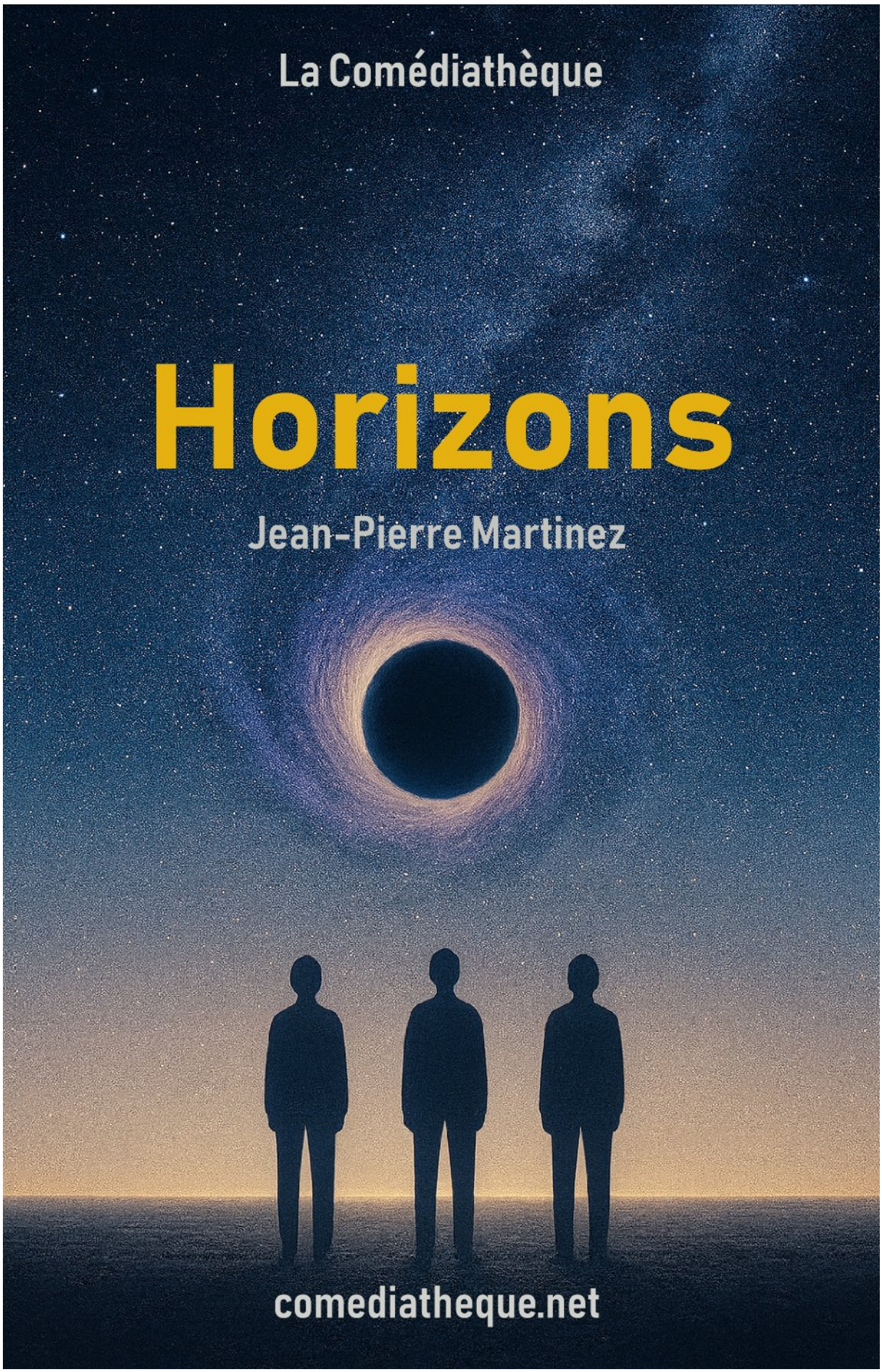

La Comédiathèque
Horizons
Jean-Pierre Martinez
comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Horizontes

Jean-Pierre Martinez

En una tierra de nadie con aspecto de purgatorio,
tres personajes sin memoria contemplan el horizonte
en busca de respuestas a sus preguntas existenciales.
Pero ¿de qué horizonte se trata exactamente?
Una tragicomedia que entrelaza ciencia y filosofía
para explorar el ciclo eterno de la vida y la muerte.

Personajes

Ben

Dom

Max

Los personajes pueden ser interpretados indistintamente por hombres o mujeres; distribuciones posibles: 3H, 3M, 2H/1M, 1H/2M.

© La Comédiathèque

Escena 1

Tres personajes que pueden ser interpretados indistintamente por hombres o mujeres (en esta versión, tres hombres) se encuentran frente al público en un escenario vacío, bajo una luz irreal. Los llamaremos Max, Dom y Ben. Dom, en el centro, tiene atadas las manos y los pies. Los tres miran hacia el fondo de la sala, como si contemplaran el horizonte.

Max – ¿Veis algo?

Dom – No.

Ben – No se ve absolutamente nada.

Dom – Bueno, sí... Se ve el horizonte.

Max – Sí. Pero más allá del horizonte...

Dom – Más allá del horizonte no se ve nada. Esa es la definición de horizonte, ¿no?

Ben – Lo que queda más allá del horizonte no se ve. Así de sencillo.

Max – Es por la curvatura de la Tierra.

Ben – Una prueba de que la Tierra es redonda. Y no plana.

Dom – ¿Quién ha dicho que sea plana?

Ben – Ni idea...

Max – Se dicen tantas gilipolleces...

Ben – Y siempre hay algún gilipollas dispuesto a creérselas.

Dom – Y entre ellos, uno un poco menos gilipollas que los demás las convierte en religión y se proclama rey de los gilipollas por derecho divino.

Ben – No sé si la inteligencia artificial tiene límites, pero la estupidez natural es absolutamente ilimitada.

Max – Ya... Si la estupidez generase electricidad, hace tiempo que habríamos dejado de quemar combustibles fósiles.

Ben – Habríamos resuelto el calentamiento global y no estaríamos como estamos...

Una pausa.

Ben – Pero si la Tierra fuese plana de verdad, ¿podríamos ver hasta el infinito?

Max – En teoría, sí. En un día despejado...

Dom – Despejado... Hay lugares donde el humo de las fábricas ya no deja ni ver el sol.

Max – En cualquier caso, solo veríamos aquello cuya luz pudiera llegar hasta nosotros.

Una pausa.

Dom – Vale. Pero estamos de acuerdo en que la Tierra es redonda, ¿no?

Ben – Sí. Que se sepa...

Dom – O sea, que no vemos lo que hay más allá del horizonte.

Max – Y los del otro lado tampoco nos ven a nosotros...

Dom – Lo que haya detrás del horizonte no es asunto nuestro.

Una pausa.

Ben – ¿Y si cruzamos el horizonte...? ¿Acabamos llegando al otro lado?

Dom – Pues no...

Ben – ¿Cómo que no?

Max – Porque el horizonte se aleja a medida que nos acercamos a él.

Ben – Ah, claro...

Dom – Y a los que están enfrente les pasa lo mismo.

Max – Supongo... Nunca he ido a comprobar qué hay al otro lado del horizonte. Al menos, no lo recuerdo...

Ben – El otro lado del horizonte... Es como el más allá. No conozco a nadie que haya vuelto para decirnos si allí se está mejor.

Dom – Ni siquiera sabemos si hay algo al otro lado.

Max – En realidad, el horizonte no existe. Es un efecto óptico: la frontera cambiante entre lo visible y lo invisible.

Ben – Así que el horizonte se mueve con nosotros.

Max – Como el haz de los faros de un coche. Siempre alcanzas a ver unos cien metros, pero cuando el coche avanza, lo que ves va cambiando.

Dom – Ya... Pero nosotros estamos aquí plantados, así que nuestro horizonte tampoco va a cambiar mucho.

Una pausa.

Ben – ¿Y a qué distancia está el horizonte?

Max – Depende...

Ben – ¿De qué?

Max – Para empezar, de la estatura del observador. Y, sobre todo, de la altura desde la que observa. Para un niño que contempla el mar desde la playa, está a unos cuatro kilómetros. Para un adulto en la cima del Himalaya... o para los pasajeros de un avión a diez mil metros de altitud, puede estar a cuatrocientos kilómetros.

Una pausa.

Dom – Entonces, los que estuvieran al otro lado, observando en las mismas condiciones, ¿verían el mismo horizonte que nosotros?

Max – Sí. Nosotros seríamos su horizonte y ellos serían el nuestro.

Ben – O sea, que siempre somos el horizonte de alguien.

Dom – Siempre que haya alguien mirando hacia aquí...

Una pausa.

Max – Bien. Los tres estamos aquí, al mismo lado del horizonte, pero...

Ben – ¿Qué coño hacemos aquí...?

Dom – No me atrevía a preguntarlo...

Ben – Yo no lo sé. ¿Y vosotros?

Dom – Yo tampoco.

Max – No me acuerdo.

Ben – ¿Lo supimos alguna vez y se nos ha olvidado, o...?

Dom – ¿O no llegamos a saberlo nunca?

Ben – A saber...

Dom – A veces tengo la sensación de recordar algo vagamente...

Max – Sí, yo también.

Ben – Como cuando te despiertas e intentas recordar el sueño que estabas teniendo.

Dom – Te parece que aún estás soñando.

Ben – Solo que ya no recuerdas qué estabas soñando.

Max – Como si siguieras consciente dentro de una realidad que acaba de desvanecerse y de la que no conservas ningún recuerdo.

Ben – Exactamente. Lo hemos olvidado todo... menos que hemos olvidado algo.

Dom – Justo lo contrario de la sensación de déjà vu.

Max – ¿Ah, sí?

Dom – En un déjà vu tienes algo ante los ojos y te preguntas si será un recuerdo. Cuando olvidas un sueño, pasa lo contrario: sabes que hay algo que querrías recordar, pero no sabes qué.

Max – Sí... A mí me pasa lo mismo.

Una pausa.

Dom – A veces me viene como un flash...

Ben – ¿Un flash?

Dom – Creo que estaba en un avión.

Max – ¿En un avión? ¿Estás seguro?

Dom – O en un transatlántico... Ya no me acuerdo.

Ben – No es precisamente lo mismo.

Max – No dejan de ser medios de transporte colectivo.

Ben – ¿Un transatlántico? No es exactamente transporte público, ¿no?

Max – Quizá fuese un ferri...

Dom – No sé por qué, pero recuerdo que llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Ben – En un barco no llevas cinturón...

Dom – Igual era un tren.

Max – ¿Y en un tren llevas cinturón?

Dom – Entonces sería un avión. Estaba mirando cómo se acercaba el horizonte.

Max – ¿Cómo se acercaba...?

Dom – Ya sé que es una tontería, pero... Temía que el avión se estrellara contra la línea del horizonte.

Max – Sí... Es una auténtica tontería.

Ben – Quizá fuera un sueño.

Dom – Una pesadilla, más bien.

Ben – O a lo mejor estamos soñando ahora mismo.

Max – Los sueños siempre tienen un significado oculto.

Ben – Estrellar un avión contra el horizonte... ¿Qué demonios puede significar?

Dom – No sé. Era como si...

Max – Como si el pasado empujara nuestro presente a estrellarse contra un futuro que hubiera dejado de alejarse conforme nos acercamos a él.

Dom – Ya...

Una pausa.

Ben – Pero ¿nosotros estábamos allí?

Dom – Ni idea...

Ben – Un avión... No recuerdo nada.

Max – Yo tampoco...

Una pausa. Vuelven a mirar el horizonte.

Ben – ¿Y si eso fuera la muerte?

Max – O los primeros instantes de la vida...

Dom – Ser consciente de existir, sin saber quién eres, en un mundo que no tiene ningún sentido.

Max – Parece que la existencia sí precede a la esencia...

Dom – Y aunque se nos haya acabado la gasolina, todavía nos queda la existencia.

Ben – Sí... Me siento como si estuviera en un coche viejo, sin una gota de combustible, en mitad del desierto y de la noche, escrutando el horizonte con los faros encendidos a ver si aparece alguien con una garrafa en cada mano.

Dom – Mientras esperamos que la batería termine por descargarse y los faros se apaguen para siempre... antes de que llegue el Salvador.

Una pausa.

Max – Pero nosotros... ¿Los tres nos conocemos o...?

Ben – No creo... ¿O sí?

Dom – Tengo una vaga sensación de déjà vu, pero...

Max – Tu cara no me suena en absoluto.

Ben – A mí tampoco.

Max – La verdad es que... ni mi propia cara me resulta familiar.

Ben – ¿Y cómo te llamas?

Max – No lo sé... Yo no me llamo. ¿Para qué, si siempre estoy aquí...?

Dom – Ya, pero ¿cómo te llaman los demás?

Max – ¿Los demás? ¿Qué demás? Solo os conozco a vosotros. Y ni siquiera estoy seguro de conoceros. ¿A vosotros cómo os llaman?

Ben – Ni idea. Nunca he oído a nadie llamarme.

Dom – Yo tampoco. O no lo he oído. En cualquier caso, nunca he contestado...

Max – Vale. Entonces tampoco nos llamamos.

Ben – ¿Para qué íbamos a llamarnos, si ya estamos aquí?

Max – Y además no podemos ir a ninguna parte.

Dom – Sobre todo yo...

Max – ¿Tú?

Dom – ¿No habéis visto nada raro?

Max – No.

Dom – ¡Estoy atado!

Max – Anda, es verdad... Está atado.

Ben – Ah, sí, yo... No me había fijado.

Dom – ¿Y bien...?

Max – ¿Y bien qué?

Dom – Ahora que ya nos hemos presentado... ¿Podríais desatarme? Si no es mucha molestia...

Max – Sí, sí, por supuesto. Vamos a... Vamos a desatarte.

Max se dispone a desatarlo.

Ben – Espera, no tan deprisa...

Dom – ¿Y ahora qué?

Ben – Antes de nada, ¿por qué te ataron?

Dom – ¿Y yo qué sé...? No recuerdo nada, igual que vosotros.

Ben – Ya, pero...

Dom – ¿Pero qué?

Ben – Eso es demasiado fácil...

Dom – ¿Fácil...?

Max – Si te ataron, sería por algún motivo, ¿no?

Dom – ¿Por algún motivo? ¿Cuál?

Ben – No sé... A nadie lo atan porque sí.

Dom – ¡Pero desatadme de una puta vez!

Max – Puede que seas peligroso...

Dom – ¿Peligroso para quién?

Max – Para los demás...

Ben – O sea, para nosotros...

Dom – Ya... O quizá los peligrosos sois vosotros.

Ben – ¿Nosotros?

Dom – Puede que fuerais vosotros quienes me ataron.

Ben – ¿Y por qué habríamos hecho eso?

Dom – Vete a saber... Quizá me secuestrasteis para pedir un rescate, o para algo peor.

Max – Sí, también es posible...

Ben – Pero también puede ser que seas un perturbado peligroso. O un delincuente reincidente.

Max – De momento, por precaución, mejor te dejamos atado...

Ben – Tiene razón. Es lo más prudente.

Dom – ¿Me estáis tomando el pelo?

Ben – Quizá después nos venga algún recuerdo y podamos decidir.

Dom – ¿Algún recuerdo? ¿Como cuál?

Max – Un recuerdo... Qué sé yo.

Ben – O quizá termine apareciendo algo, o alguien, en el horizonte...

Max – Aunque, de momento, la cosa está bastante tranquila por allí...

Ben – Sí... La calma antes de la tormenta, o...

Dom – La calma antes de más calma.

Oscuro.

Escena 2

Luz.

Max – ¡Joder...! ¡Yo también acabo de tener un flash!

Dom – Lo que faltaba...

Ben – ¿Y bien?

Max – Iba al volante de un coche...

Dom – ¿Seguro que era un coche?

Max – No...

Ben – ¿Llevabas cinturón de seguridad?

Max – No... Creo que no...

Dom – Entonces no sería un coche.

Ben – Tal vez un avión...

Dom – ¿Al volante de un avión?

Max – He dicho al volante, pero... Quizá estaba a los mandos... ¡Eso es! Pilotaba un avión...

Dom – ¿Y qué pasó?

Max – Todo iba bien hasta que... De pronto se encendieron todas las luces del panel de instrumentos. Un árbol de Navidad, como decimos los pilotos...

Ben – ¿Un árbol de Navidad...?

Max – Cuando todas las luces de alarma empiezan a parpadear... y ya huele a pino.

Dom – Detesto la Navidad. Se supone que celebra un nacimiento, o sea, la vida. A mí siempre me ha hecho pensar en la muerte. ¿A vosotros no?

Max – En muchas filosofías orientales, la vida y la muerte forman un ciclo interminable. Morimos para renacer de otra forma, pero siempre en este mundo. En buena parte del pensamiento occidental, en cambio, la muerte se concibe como un viaje definitivo a un supuesto más allá. Y, para quien no cree en el paraíso, como el fin absoluto...

Dom – Quizá por eso la Navidad huele a muerte... Y acabamos todos en una caja de pino. Hasta el niño divino es ya un cadáver en potencia.

Ben – Bueno, decías que pilotabas un avión... ¿Y luego?

Max – Nada... No recuerdo nada más...

Ben – Si tú eras el piloto, igual nos estrellamos por tu culpa...

Dom – ¿Insinúas que vosotros también ibais a bordo?

Ben – No me acuerdo. Al menos, todavía no...

Max – ¿Creéis que pudimos estrellarnos?

Ben – Explicaría bastantes cosas...

Dom – ¿Tú crees...?

Max – Explicaría que estemos muertos.

Ben – ¿Pero estamos muertos?

Max – Mientras nos preguntamos si estamos muertos, será que todavía no lo estamos, ¿no?

Una pausa.

Ben – ¿No oís algo...?

Dom – ¿El qué?

Ben – Como el murmullo de un manantial.

Max – Eso es. Como el murmullo tranquilizador del agua de un manantial en medio del campo.

Ben – O el siseo del oxígeno de un hospital al pasar a presión por el humidificador antes de que lo inhale el paciente.

Max – Sí... También.

Ben – Es verdad que se parecen bastante.

Dom – ¿Entonces podríamos estar en un hospital?

Max – ¿En coma...?

Dom – O en la fase terminal del alzhéimer...

Ben – También es una posibilidad seria...

Max – Quizá te ataron para protegerte de ti mismo.

Dom – ¿De mí mismo?

Ben – Para que no te caigas, o...

Max – Para que no intentes escaparte...

Ben – O hacerte daño.

Max – Una razón más para dejarlo atado...

Dom – Gracias... Qué detalle preocuparos tanto por mi seguridad.

Ben – Pero ¿y nosotros? ¿Por qué no estamos atados?

Max – Quizá no estamos tan mal como él.

Dom – ¿Y estaríamos los tres en la misma habitación?

Ben – ¿Tres en una habitación de hospital? Parece demasiado, ¿no?

Dom – Se ve que nuestro seguro médico era una mierda...

Una pausa.

Ben – A lo mejor hemos venido a visitarlo.

Max – Claro... Para acompañarlo en sus últimos momentos.

Ben – A despedirnos antes de que emprenda su último viaje al más allá.

Dom *(irónico)* – Gracias. Me habéis emocionado...

Ben – Pero entonces, ¿por qué tampoco recordamos nada nosotros?

Dom – Todo esto no se sostiene.

Max – No... Y nosotros apenas nos sostenemos en pie.

Una pausa.

Ben – Oxígeno...

Max – En los aviones también caen máscaras de oxígeno del techo si hay algún problema.

Ben – Al menos eso dicen los auxiliares de vuelo. Pero nadie ha visto nunca caer una de esas máscaras del techo de un avión.

Max – O quienes las han visto no han podido contarlo...

Dom – ¿Un problema...? ¿Te refieres a un accidente?

Ben – Eso no explica por qué nosotros no llevábamos abrochados los cinturones...

Max *(a Dom)* – ¿Y tú estás seguro de que lo que llevabas era un cinturón de seguridad?

Dom – ¿Qué otra cosa iba a ser?

Max – No sé... ¿Un cinturón de explosivos?

Dom – ¿De explosivos?

Ben – Eso explicaría el accidente aéreo.

Max – Y si eres un terrorista peligroso, explicaría también que te ataran.

Dom – ¿Antes o después de que me hiciera volar por los aires?

Ben – ¿Y por qué iba alguien a inmolarse en un avión?

Max – A saber...

Dom – Quizá para protestar por la desastrosa huella de carbono del transporte aéreo... *(Los otros dos lo miran horrorizados.)* ¡Que es broma!

Una pausa.

Max – Antes dijiste que temías que nos estrelláramos contra la línea del horizonte.

Dom – Sí... Supongo que era una metáfora...

Max – ¿Y si no lo fuera?

Ben – ¿Qué quieres decir?

Max – Igual lo ataron... para evitar que desapareciera al cruzar el horizonte de sucesos.

Dom – ¿El horizonte de sucesos...?

Max – Es un concepto fascinante de la astrofísica. El horizonte de sucesos marca el límite de un agujero negro. A partir de ahí, si te acercas demasiado, el agujero negro se traga cuanto encuentra. La materia de una estrella entera, por ejemplo... hasta su luz.

Dom – ¿Y adónde va a parar esa materia?

Max – Nadie lo sabe... Lo cierto es que cuando uno cae en un agujero de memoria...

Ben – Querrás decir en un agujero negro...

Max – ¿No he dicho eso?

Dom – Has dicho «agujero de memoria».

Max – ¿Ah, sí...? No me acuerdo...

Ben – Bueno, ¿y entonces?

Max – Lo cierto es que nada de lo que entra en un agujero negro vuelve a salir.

Ben – Por lo menos, por este lado del horizonte de sucesos.

Max – Eso es...

Ben – Quizá salga por el otro lado.

Max – Quizá... Si existe el otro lado.

Ben – Tiene que existir, ¿no? Si nada se pierde ni se crea, al final del túnel debe de haber algo.

Dom – En el fondo, un agujero negro se parece un poco a la muerte.

Ben – Es verdad que muchas veces la describen como un túnel.

Dom – Y no sé por qué: nadie ha regresado de ese supuesto túnel para describirnos la entrada... y mucho menos la salida.

Ben – Es una forma de hablar...

Max – Sí... No sabemos adónde conduce ese túnel, ni siquiera si existe, pero una cosa es segura: nunca se vuelve a salir por donde se entró.

Ben – Tal vez te ataron para que no te absorbiera el túnel.

Max – O el agujero negro, si lo prefieres.

Dom – ¿Qué...?

Ben – Dijiste que estabas en un avión, sujeto al asiento con un cinturón de seguridad...

Max – Para que no te absorbiera el vacío en caso de despresurización, quizá.

Dom – Pues entonces, más vale que me desatéis. Porque, francamente... esto no es vida.

Ben – Es mejor que nada.

Dom – ¿Tú crees? Nos pasamos el tiempo repitiendo las mismas frases sin sentido.

Ben – Lo hemos olvidado casi todo, salvo que hay cosas que deberíamos recordar.

Dom – Yo prefiero que el vacío me absorba de una vez. Y si al final del túnel todo empieza de nuevo, exactamente igual, por lo menos no recordaré nada y recuperaré el placer de sorprenderme.

Ben – Bueno, no le falta razón... En el mejor de los casos estamos entre la vida y la muerte. No podemos quedarnos así. Mejor acabar de una vez, con la esperanza de que nos espere otra vida. ¿Qué podemos perder?

Max – Que la vida que nos espere sea aún peor que la que estamos a punto de dejar...

Ben – Vamos a desatarlo.

Lo desatan.

Dom – Gracias.

Ben – ¿Y ahora?

Dom – ¿Qué?

Ben – No ha pasado nada de nada.

Max – No. El vacío no te ha absorbido. Ni a nosotros tampoco.

Ben – Ni la muerte se nos ha llevado.

Dom – Y seguimos aquí.

Ben – O quizá ya estamos muertos los tres y hemos pasado al otro lado...

Max – Por desgracia, también es bastante posible...

Ben – Creo que yo también recuerdo algo...

Dom – ¿Ah, sí?

Max – ¿No lo dirás solo para animarnos?

Ben – Esperad... No... Se me acaba de ir de la cabeza...

Una pausa.

Dom – Sigue sin aparecer nada en el horizonte.

Ben – Nada. Ni un alma con una garrafa de gasolina. Ni siquiera con un bidoncito.

Dom – ¿Y para qué la necesitaríamos?

Ben – Si ni siquiera tenemos coche.

Max – Si se trata del horizonte de sucesos, ya no aparecerá nada por ese lado.

Dom – Pues nos vamos a aburrir de cojones... *(Los otros dos lo miran escandalizados.)* No sé qué queréis que os diga, pero vosotros dos no sois precisamente unos cómicos.

Ben – La verdad es que nos falta perspectiva, ¿no?

Dom – Sí. Puede decirse que tenemos un horizonte bastante limitado.

Max – Dicen que, cuanto más te acercas a un agujero negro, más despacio pasa el tiempo.

Dom – Pues debemos de estar ya dentro, porque tengo la sensación de que se ha detenido por completo...

Una pausa.

Max – ¿Sabíais que, a partir de cierta distancia, el universo se aleja de nosotros tan deprisa que su luz jamás podrá alcanzarnos?

Dom – Ya estamos otra vez...

Ben – ¿Entonces la mayor parte del universo seguirá siendo inaccesible y desconocida para siempre?

Dom – ¿Eres astrofísico?

Max – No creo. Lo habré leído en alguna parte.

Ben – Vaya lecturas tienes...

Max – Pues ese horizonte en particular jamás podremos cruzarlo.

Ben – Y quienes pudieran estar al otro lado tampoco podrían vernos.

Dom – Vamos, que es la versión científica del más allá.

Max – Eso parece...

Ben – Aunque tampoco sabemos si iremos allí cuando nos muramos.

Dom – Vete a saber...

Max – ¿Sabíais que una misma partícula puede estar en dos sitios a la vez, según quién sea el primero en observarla?

Ben – Como la verdad, más o menos...

Dom – ¿Cómo?

Max – No recuerdo quién dijo: «Verdad a este lado de los Pirineos, mentira al otro».

Dom – Lo peor de las citas es cuando ni siquiera te acuerdas de a quién estás citando.

Ben – La realidad es la misma para todos, pero según quién la observe puede parecer verdad aquí e ilusión allá.

Dom – Me estáis empezando a poner la cabeza como un bombo.

Una pausa.

Max – ¿Por qué recuerdo qué es el horizonte de sucesos y no recuerdo mi propio nombre?

Ben – A lo mejor, cuando la muerte se acerca, solo recordamos lo importante.

Dom – ¿Y nuestro nombre no te parece importante?

Max – El nombre... Es como un número que te asignan al nacer. El de la seguridad social, por ejemplo, o...

Ben – El número de una habitación de hotel.

Max – El número de habitación sirve sobre todo para que te den el desayuno.

Ben – Y es el desayuno lo que te obliga a recordar el número.

Dom – Y el número te permite encontrar la habitación donde dormir por la noche.

Max – Cuando te marchas para siempre, dejas la llave en recepción y olvidas el número...

Dom – Y vuelves a disolverte entre la gente del transporte público.

Ben – Hasta encontrar otra habitación en otro hotel.

Dom – O una casa en un barrio nuevo.

Ben – O en otro planeta...

Max – Con otro número.

Ben – Y vecinos que te recuerden quién eres y cómo te llamas.

Max – Es verdad. Desde que nacemos, son sobre todo los demás quienes deciden quiénes somos. Incluso nuestro estado civil.

Ben – Como las partículas de las que hablabas. Quienes nos observan definen nuestra forma de existir.

Dom – Sobre todo los padres. La familia.

Ben – Deciden quiénes somos.

Dom – Cómo nos llamamos.

Ben – Dónde vivimos.

Dom – Qué idioma hablaremos.

Max – Qué religión practicaremos.

Ben – Para saber quién eres, basta con preguntárselo a los demás.

Dom – A los que te conocen, claro.

Max – Aunque olvidemos quiénes somos y cómo nos llamamos, siempre hay alguien que no lo ha olvidado y puede decírnoslo.

Ben – Aunque hayamos perdido la memoria.

Max – Aunque estemos en coma.

Ben – Aunque estemos muertos.

Dom – Hasta el día en que mueran también todos los que nos conocieron.

Max – Sí. En gran medida, somos lo que los demás deciden que seamos.

Ben – Y apenas sabemos de nosotros mismos algo más de lo que ellos saben.

Max – A veces incluso menos.

Ben – «Llega a ser quien eres», dicen... ¡Y una mierda! «Llega a ser lo que los demás esperan de ti», más bien.

Dom – Un buen feligrés.

Ben – Un buen ciudadano.

Max – Un buen soldadito.

Ben – ¿Quién dijo «Yo es otro»?

Dom – Ya no me acuerdo. Pero más le habría valido cerrar el pico.

Ben – En fin, nacemos, morimos...

Max – Y después de morir... volvemos a mezclarnos con la multitud.

Dom – Al marcharnos no nos llevamos nada. Ni siquiera el recuerdo de haber existido.

Max – Y cuando volvemos a la vida, nos presentamos otra vez en recepción para que nos den otro número...

Ben – Otro yo...

Oscuro.

Escena 3

Luz.

Max – ¿Qué hora será...?

Ben – Ni idea...

Dom – ¿Y qué más da? ¿Tienes que coger un tren?

Ben – O un avión...

Max – Es verdad. Si estamos muertos, ya no necesitamos reloj...

Dom – En cualquier caso, no conozco a nadie que haya pedido que lo entierren con su reloj.

Una pausa.

Ben – ¡Esta vez sí me acuerdo!

Dom – ¿De qué?

Ben – ¡Del número de mi habitación!

Dom – ¡Joder...!

Ben – Era la 2108.

Dom – ¿Ah, sí...?

Ben – Me veo entrando en el bufé de desayunos de aquel hotel de aeropuerto y anunciándole muy orgulloso al cancerbero de la puerta: «Habitación 2108».

Dom – ¿Muy orgulloso?

Ben – Me acuerdo porque nací un 21 de agosto. Así que 2108.

Max – Ah, claro...

Dom – Entonces recuerdas tu fecha de nacimiento.

Ben – No. Lo que recuerdo es que el número de mi habitación coincidía con mi cumpleaños: 2108.

Max – ¿De qué año?

Ben – Eso ya... El número solo tenía cuatro cifras.

Dom – Pero eso no demuestra que estuvieras en nuestro avión.

Ben – Pues me parece que sí...

Dom – No lo dirás para levantarnos la moral, espero...

Ben – Porque si aquel avión se estrelló de verdad...

Max – ¿Por qué crees que ibas en ese avión?

Ben – Recuerdo mi número de asiento.

Dom – Está visto que tienes memoria para los números...

Ben – Lo recuerdo porque era el 666.

Max – Creía que las aerolíneas nunca ponían el número 666 a un asiento.

Ben – Por lo visto no hay ninguna norma que lo prohíba. Hasta le pedí a la azafata que me cambiara de sitio.

Dom – Cambiar de asiento para conjurar la mala suerte es como cambiar de tumbona en el Titanic para evitar el naufragio...

Max – En cualquier caso, el 666 no te dio mucha suerte.

Dom – Hasta podría decirse que nos gafaste a todos...

Una pausa.

Ben – Ya no oigo el oxígeno...

Max – Igual no queda suficiente para todos.

Ben – ¿En la Tierra?

Max – O en este hospital...

Dom – Quizá nos estemos recuperando y ya no lo necesitemos.

Max – O quizá estamos muertos y tampoco lo necesitamos.

Una pausa.

Ben – Antes hablaste del Himalaya...

Max – ¿Yo?

Ben – Cuando explicabas a qué distancia está el horizonte.

Dom – ¿Y qué pasa?

Ben – No sé... También me viene una imagen a la cabeza. Los tres encordados en el techo del mundo.

Dom – ¿El techo del mundo?

Max – Creo que así llaman al Himalaya.

Ben – ¿No os suena de nada?

Dom – No... Absolutamente de nada.

Ben – A ocho mil metros de altura, el oxígeno escasea.

Max – Y hasta puede provocar alucinaciones...

Dom – Así que ahora resulta que estamos en la cima del Himalaya...

Max – También explicaría la cuerda...

Ben – ¿La cuerda...?

Max – Si los tres formábamos una cordada...

Ben – Entiendo... Quizá él se cayó y cortamos la cuerda para que no nos arrastrara con él al abismo...

Dom – Gracias... Vaya compañeros de cordada...

Max – Entonces, ¿él sería el único que ha muerto de verdad?

Ben – Salvo que al final nos arrastrara a todos con su caída...

Una pausa.

Ben – ¿Cómo sabes que estás muerto?

Dom – No lo sabes.

Max – Estar muerto es como ser gilipollas: tú no te enteras. Los que lo pasan mal son los demás.

Dom – Esa gilipollez me suena de haberla oído antes.

Ben – A mí también...

Dom – Ese es nuestro destino: repetir sin fin las mismas tonterías que nuestros contemporáneos.

Ben – O las que ya repetían nuestros antepasados.

Max – Cada uno cree ser un individuo único, pero ¿cuánto hay de verdaderamente individual en nosotros?

Ben – Criticamos la inteligencia artificial, pero ni siquiera nuestra estupidez natural es realmente nuestra. La heredamos de todos los idiotas anteriores y de todos los que nos rodean.

Una pausa.

Ben – Así que, si estamos muertos, pronto nos darán otro número de habitación.

Dom – ¿Un número en la morgue, quieres decir?

Ben – Pensaba más bien en... una identidad nueva. Otra existencia...

Dom – Una página en blanco para escribir otra historia.

Max – Conciencia sin recuerdos.

Ben – Como un ordenador cuántico al que le han borrado todos los datos, para reacondicionarlo y endosárselo a otro.

Max – Ya lo veremos.

Dom – Sí, pero ¿cuándo?

Ben – Cuando lo hayamos olvidado todo, supongo. Cuando estemos muertos del todo.

Dom – ¿Muertos del todo...? O estás vivo o estás muerto, ¿no?

Max – Se puede estar vivo y muerto al mismo tiempo. Como el gato de Schrödinger.

Ben – ¿Los gatos esos que tienen siete vidas?

Max – Hablo del enigma científico y filosófico que está en el corazón de la física cuántica: mientras no abras la caja donde está el gato, puede estar vivo y muerto a la vez.

Dom – No he entendido ni una palabra... Salvo que tú también empiezas a repetirte.

Ben – Es lo que decías antes: son los demás quienes definen nuestra identidad. Solo somos partículas elementales de una conciencia colectiva.

Max – ¿Y qué pasará si un día ya no queda nadie más...?

Dom – ¿Nadie más?

Ben – Cuando el Sol se trague la Tierra dentro de cinco mil millones de años y desaparezca la humanidad.

Dom – O mucho antes, cuando el ser humano consiga volver inhabitable el único planeta en el que puede vivir.

Ben – Entonces ya no morirá una persona, ni mil millones. Morirá toda la humanidad. La conciencia colectiva.

Max – Y si, como creen algunos imbéciles, somos los únicos seres inteligentes del universo, eso supondría la muerte de la conciencia misma.

Dom – Cuesta imaginar que la conciencia no pueda renacer en otro lugar, bajo otra forma.

Una pausa.

Ben – ¡Ahora lo recuerdo! No estábamos en un avión, sino en una nave espacial.

Max – Yo era el capitán.

Ben – Y yo tu segundo.

Dom – Solo íbamos tres a bordo.

Ben – Los tres últimos supervivientes de una humanidad agonizante.

Max – Habíamos puesto rumbo a un planeta que parecía habitable...

Dom – Y resultó ser un agujero negro.

Ben – Un error de cálculo del ordenador de a bordo, supongo.

Max – A menos que lo hiciera adrede.

Dom – ¿Adrede...?

Max – Una inteligencia artificial que quisiera librarse de una vez por todas de lo poco que quedaba de la humanidad.

Ben – En cualquier caso, al despertar de nuestra larga hibernación ya era demasiado tarde para escapar de la fuerza de atracción de aquel agujero negro supermasivo.

Max – O sea, que estaríamos a punto de ser engullidos por ese agujero negro...

Una pausa.

Dom – Aunque hay algo que sigue sin cuadrarme...

Ben – ¿Cuál?

Dom – Si solo éramos tres, ¿por qué tenías el asiento número 666?

Max – Tienes razón... El misterio se complica...

Dom – ¿Estamos en un hospital a punto de morir? ¿En la cima del Everest a punto de precipitarnos por un barranco...?

Ben – ¿Aferrados a una balsa que está a punto de hundirse mientras intentamos alcanzar un mundo mejor...?

Max – ¿En un avión que está a punto de estrellarse, o en una nave espacial a punto de caer en un agujero negro?

Ben – ¿Una cosa o la otra?

Dom – O todas al mismo tiempo.

Max – Todo se confunde en nuestra cabeza.

Dom – Como el agua sucia que se arremolina en un lavabo y se va por el desagüe hacia las cloacas, antes del gran reciclaje.

Ben – Nuestros pasados.

Dom – Nuestros presentes.

Max – Nuestros futuros.

Ben – Ya no lo sabemos.

Dom – No lo sabemos.

Max – Aún no lo sabemos.

Oscuro.

Escena 4

Luz.

Dom – Parece que el horizonte se ha acercado todavía más...

Ben – Cuando nos alcance, pasaremos al otro lado.

Dom – Si es que existe el otro lado...

Ben – Es una forma de hablar...

Max – Sí... Esas frases hechas que nos sirven de pensamientos prefabricados.

Dom – El lenguaje es una ventana abierta al mundo. Pero también una reja que nos encierra en la única realidad que nuestros sentidos pueden percibir, nuestra mente concebir y nuestras palabras describir.

Ben – ¿Entonces habría que inventar otro idioma...?

Dom – O cerrar la boca, que es mucho más fácil. ¿De dónde viene esa necesidad de hablar sin decir nada?

Ben – Los animales se limitan a lo esencial. Tengo hambre. Tengo ganas de follar.

Dom – ¿De qué sirve saber algo si al final nunca podremos saberlo todo?

Max – Pero una vez que empezamos a hablar, ¿podemos dejar de hacerlo?

Ben – Mientras hablemos, significa que aún no estamos muertos.

Max – Pues sigamos hablando...

Ben – Hasta el día en que nuestras palabras ya no signifiquen nada.

Dom – Hasta el día en que todo lo que digamos sea una cita de algo que otros dijeron antes.

Max – Y todo lo que hagamos sea una conmemoración de algo que otros hicieron antes.

Ben – Mucho me temo que ese día ya ha llegado.

Dom – Pues yo no pienso decir nada más. Ni escucharos. Ahora que estoy desatado, voy a caminar hacia ese horizonte, sea el que sea...

Ben – ¿No volveremos a vernos? Qué pena. Empezaba a sentirme atado a ti...

Dom – ¿De verdad?

Ben – No. Creo que era otra forma de hablar.

Max – Tal vez nos volvamos a encontrar al otro lado. Pero lo habremos olvidado todo.

Ben – Y ni siquiera nos reconoceremos.

Dom – Todos los lazos que nos unían a los demás se habrán desatado.

Max – Tendremos que tejer otros. Para intentar existir de nuevo. En otra humanidad.

Ben – Con un poco de suerte, si algún día nos encontramos, sentiremos un extraño déjà vu...

Dom – Entonces no voy a despedirme...

Dom se dispone a avanzar hacia el borde del escenario.

Ben – ¡Espera! Voy contigo...

Dom no parece nada entusiasmado.

Dom – ¿Estás seguro...?

Max – Yo también... No voy a quedarme aquí solo... como un gilipollas.

Recogen las cuerdas con las que estaba atado Dom y se atan unos a otros, como los montañeros de una misma cordada.

Dom – Pues ya está todo dicho.

Ben – Es el fin de la Historia.

Max – De esta historia, por lo menos...

Dom – Caminemos juntos hacia ese horizonte luminoso.

Ben – Encordados... y cogidos de la mano. Para dar el gran salto a lo desconocido.

Dom – Con la esperanza de que el horizonte nos conduzca a un mundo nuevo.

Ben – A un mundo mejor.

Max – A menos que sea exactamente el mismo.

Ben – A lo mejor nuestro universo no es más que un calcetín viejo que se vuelve del revés eternamente.

Max – Cada vez que se da la vuelta, lo de dentro queda fuera. Pero sigue siendo el mismo calcetín.

Dom – Al menos lo habremos olvidado todo.

Ben – Y volveremos a asombrarnos de estar vivos.

Avanzan hacia el público mirando a lo lejos, como si fueran a lanzarse a la sala. Pero Dom se detiene y los demás con él.

Dom – Os vais a reír, pero esta vez me parece que veo algo de verdad en el horizonte.

Ben – Sí, yo también.

Dom – O mejor dicho, a alguien...

Max – ¿Un viejo barbudo con un manojo de llaves?

Dom – Un barbudo, sí. Con una garrafa de gasolina en cada mano...

Los tres miran fijamente el horizonte.

Ben – ¿Entonces era eso? ¿No era una metáfora?

Max – Nos quedamos tirados en medio de ninguna parte y uno de nosotros fue a por gasolina...

Ben – Ya me parecía a mí que al principio éramos cuatro.

Max – Claro que en el desierto también hay espejismos...

Ben – Y una insolación puede hacerte delirar...

Dom – ¿Así que podría ser otra alucinación...?

Max – En cualquier caso, parece que todavía quedan acontecimientos en el horizonte...

Ben – Entonces, ¿qué hacemos?

Max – Todavía nos queda la existencia.

Dom – A ver qué pasa con un poco de gasolina.

La luz empieza a apagarse lentamente.

Ben – Ah, creo que la batería también se ha agotado...

Max – Sí... Los faros se están apagando.

Dom – Qué lástima... Nunca veremos llegar a nuestro Salvador.

Max – No perdamos la esperanza.

Ben – Tienes razón... Solo la fe puede salvarnos...

Dom – Otra frase hecha...

Ben – Sí...

Música adecuada a la situación (puede ser música sacra) durante el fundido a negro. Oscuro.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

ISBN 978-2-38602-380-4

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.